

EL ANARQUISMO CONTRA LA LOCURA MILITARISTA

LA INSUMISIÓN

León Tolstoi

LA RESPONSABILIDAD DEL PROLETARIADO ANTE LA GUERRA

Rudolf Rocker



Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)
E-mail: ekinarenekinaz@ymail.com
2006ko irailean argitaratua

ÍNDICE





TOLSTOI, PROFETA DE UNA NUEVA ERA

Este texto fue escrito por Rudolf Rocker a comienzos del siglo XX y publicado en la prensa libertaria londinense. Posteriormente fue recopilado por el volumen Artistas y rebeldes editado en 1922. Ha sido tomada de la última edición castellana, publicada en México, 1989.

Cada vez que leo alguno de los trabajos filosóficos de Tolstoi me acuerdo de un cuento de Erich Gustavsen, El baile de máscaras. Cierto conde opulento ofrece un baile de máscaras a sus numeros@s amig@s. En el amplio y hermoso salón engalanado la vida circula en centenares de distintas formas. Las parejas se deslizan al sonido se una dulce música; en todas partes reina buen humor, risas y alegría. Pero de pronto aparecen en medio de la alegre reunión dos nuevas máscaras, un payaso y un monje. Nadie sabe de dónde salieron, ni si han sido invitadas, ni quienes son; empero cada cual siente algo extraño, algo frío y terrible se desenvuelve en su corazón, algo que no armoniza con el regocijo que predomina en la velada. Ambas máscaras pasean por la sala y susurran al oído de tod@s l@s que se les aproximan palabras que quedan cual fuego en el alma. El payaso critica con cruel ironía los aspectos ridículos y mezquinos del carácter de cada un@, arrancando sin piedad el velo que cubren los pensamientos, los anhelos y las esperanzas más íntimas; el monje por su parte, toca con sus observaciones hondas herías en cada corazón, haciendo sentir a tod@s que la alegría externa no puede ahogar el dolor interno.

Cada un@ de aquell@s con quienes han hablado los dos forasteros se ubica silenciosamente en un rincón y olvida la ruidosa alegría del baile. Cada cual siente que en su corazón se han tocado cuerdas que antes nunca habías resonado. Más tarde, cuando desaparecen los dos intrusos, la mayoría olvida lo que acaba de ocurrir, pero algunas personas permanecen serias y vuelven, pensativas, a su casa.

También Tolstoi es un@ de l@s poc@s que se han tornado seri@s en el baile de máscaras de la civilización moderna, un@ de aquell@s que se encaminaron meditando a sus casas y que ya no han de volver. El también escuchó las voces misteriosas que le susurraron al oído y sintió la ironía amarga, apasionada y cruel del payaso y la tristeza desesperada, la seriedad dolorosa de las palabras del monje. Y esa revelación interior ha influido sobre sus sentimientos más íntimos, sobre cada nervio de su actividad intelectual, dando origen y desarrollando en él ese espíritu profético y esa honda fuerza moral que tan poderosamente apelara a la conciencia de nuestra época.

Existen poc@s escritores en quienes esa comprensión interna haya tenido una expresión tan potente como en Tolstoi. Adviértase inmediatamente que no se trata de descripciones comunes, sino de experiencias interiores, de recuerdos del alma, que se transforman por la mano creadora del artista en una vivida obra de arte.

Las obras principales de Tolstoi llevan todas ellas un sello autográfico y a medida que avanzaba en edad se manifestaba más claramente ese carácter de sus escritos.

En su primer aporte a la literatura, Infancia, se revela a primera vista la mirada genial del artista verdadero. El análisis delicado del alma infantil que Tolstoi nos ofrece en esta obra pertenece a las creaciones más hondas y puras que contiene la literatura moderna. Irteniev, el protagonista de la novela, es el

propio Tolstoi, quien nos refiere con una fuerza poética admirable cómo el mundo circundante con sus fenómenos y sucesos se refleja en el alma de un niño. En los complementos de esa obra Adolescencia y Juventud, el rasgo autobiográfico aparece más evidente aún, al mismo tiempo que su maravillosa capacidad de describir los más mínimos detalles externos, sin perjudicar con ello la armonía artística de la obra en general. Esta capacidad extraordinaria, condición real de todo gran artista, se nota en todos los trabajos del escritor ruso. Sus admirables paisajes y escenas del Cáucaso, sonde sirvió como oficial, son cuadros literarios en el más amplio sentido de la palabra. En los dos trabajos que pintan el sitio de Sebastopol, en el cual el autor tomó parte en su calidad de oficial del ejército ruso, se ocupa Tolstoi por primera vez de los aspectos misteriosos y trágicos de la vida. En esa descripción de la guerra eminentemente originales, basados en las más finas observaciones psicológicas, se reconoce ya el futuro creador de la formidable obra: La guerra y la paz. Pero Tolstoi tuvo que cursar aún otra escuela de la vida antes de que madurase la filosofía grandiosa que forma la nota fundamental de la mencionada obra.

Al volver Tolstoi en 1856 de Sebastopol se convirtió en uno de l@s favorit@s de la alta sociedad. En San Petesburgo fue recibido como uno de los "héroes" que habían tomado parte en las luchas sangrientas de Sebastopol y al mismo tiempo como el joven y talentoso escritor a quien los mejores críticos rusos predecían un brillante porvenir. Que el joven artista no había encontrado a su gusto el militarismo era cosa que se notaba ya por sus cuadros de guerra; pero aún no tenía una idea determinada, un ideal para el porvenir. En la capital rusa se entregó con todo apasionamiento a la vida de la juventud aristocrática; frecuentaba los cafés lujosos y los sitios de placer, donde el vino y la mujer son dos de los polos alrededor de los cuales gira todo. Durante algún tiempo el joven escritor halló satisfacción en esa persecución constante de nuevos placeres refinados; más finalmente llegó también para él la reacción inevitable que le llenó de repugnancia por esa vida vana, falta de contenido espiritual. Un carácter como el de Tolstoi no podía naufragar en el inmenso lodazal de aquella sociedad que se llama con orgullo "la clase privilegiada". Comprendió que esa vida no era más que un bullicio capaz de aturdir por algún tiempo el espíritu y de disecar el alma; pero un carácter de verdad, que busca algo más profundo en la vida, sentirá la desesperación con más fuerza después del bullicio.

En las obras que Tolstoi creará en aquel período, fácil es ver la búsqueda de algo nuevo y a menudo se tiene la impresión de que un enterrado vivo lucha con todas sus fuerzas para llegar al sitio donde percibe un rayo tenue, suave. El rayo desaparece de vez en cuando en la oscuridad, pero vuelve a reaparecer siempre.

Cuando Tolstoi abandonó finalmente Rusia para conocer la vida de Europa occidental, uno de los motivos que le impulsaron a ello fue sin duda el descontento interior, la vacuidad de una existencia que ya no podía satisfacerlo. La cultura de la Europa occidental constituía entonces el ideal de las clases instruidas de Rusia y cuando más hondamente sentía la juventud culta la tremenda ignorancia y la situación desesperada de las vastas multitudes de paisan@s rus@s, tanto más brillante le parecía la vida social y política, la educación y la ciencia de la Europa occidental. Y la mayoría, en efecto, se sintió deslumbrada por el colosal progreso técnico e industrial de aquellos países, por los millares de resultados de una ciencia racional y por los principios modernos de la política de esa parte de Europa.

Pero Tolstoi tampoco halló allí la solución de los importantísimos problemas que le habían quitado su tranquilidad interior. Su aguda mirada crítica percibió en seguida que esa brillante civilización europea no era sino un velo con que se cubría la barbarie social. Comenzó a darse cuenta de que esa cultura famosa se basaba en la miseria de millones de sierv@s del jornal que una falsa ciencia consideraba un mal necesario. Veía que el proletariado, a quien la pobreza había aglomerado en los grandes centros de la industria europea, era cada vez más arrancada de la madre tierra y de la naturaleza y a causa de ello perdía paulatinamente todo contacto íntimo con la generalidad de los acontecimientos. Sentía que el hombre que pierde toda relación íntima con la naturaleza, no es más que una flor arrancada de la tierra fértil: se marchita y muere.

Tolstoi ha sido un@ de l@s contad@s hombres que no se han dejado deslumbrar por el progreso técnico e industrial externo de un periodo transitorio. Toda la cruel injusticia de esa llamada cultura se descubrió repentinamente ante su vista y comprendía cada vez con mayor claridad que tampoco allí encontraría una respuesta clara a las grandes cuestiones que le perseguían.

Ya en Rusia comprendía Tolstoi que el pequeño círculo de ocios@s paráit@s que forman la llamada "alta sociedad" está fuera del grandioso y misterioso proceso de la vida. Esta convicción se arraigó más aún en él después de conocer la Europa occidental. Comenzó a darse cuenta de que esas masas obscuras, desconocidas, esclavizadas y menospreciadas forman en realidad el terreno fecundo del cual surgen todas las grandes aspiraciones generales, todas las renovaciones de la vida y de las formas sociales. Entre esas masas, a las cuales se ignora, a las que no se comprende, es donde se puede hallar la raíz de todo ideal. Todo gran movimiento ha nacido en el seno de las multitudes; han sido sus esperanzas; ellas han sido la base de toda cultura, de todas las transformaciones. El espíritu de las multitudes han movido a millones y millones de individu@s, ofreciéndoles las mismas convicciones, los mismos deseos, la misma nostalgia. El ha determinado el carácter de los más grandes períodos de la historia humana y todo lo que creara el genio del individu@ ha sido inspirado y fructificado por esa fuerza misteriosa que vive y aspira en lo más profundo de la vida social.

El formidable cuadro de Tolstoi la guerra y la paz se funde en esta filosofía de las masas; es la consecuencia lógica de tal convicción. Esta maravillosa obra artística desenvuelve ante nuestros ojos, cual un panorama gigantesco, la historia de Rusia desde 1805 a 1812, ese período colosal de la vida de los pueblos europeos en que las bocas de los cañones proclamaban por doquier la sangrienta y férrea ley de la guerra. No es una novela histórica en el sentido común de la palabra; es un cuadro grandioso creado por un@ de l@s más grandes pintores, quien ha comprendido e infundido vida a cada detalle, en cada carácter, sin olvidar por eso la magna y gigantesca idea fundamental de la obra total.

En La guerra y la paz, Tolstoi ha destruido la fe de l@s pragmátic@s en l@s héroes, de l@s que sólo ven en la historia las "grandes personalidades" e ignoran totalmente la vida y las aspiraciones de las muchedumbres. A tod@ aquel que haya leído alguna vez con entusiasmo el libro de Carlyle sobre l@s héroes, le aconsejo que lea inmediatamente la vigorosa obra de Tolstoi y seguro que l@ curará de su fe en l@s elegid@s. Tolstoi conocía la guerra por experiencia; él mismo la había visto en todas sus manifestaciones y por eso sabía que l@s llamad@s "héroes" de la historia no son más que hombres y a ve-

ces hombres insignificantes que han conocido el arte de adornarse con el mérito de l@s demás, de l@s desconocid@s y olvidad@s por la historia, que son en realidad l@s que "hacen la historia".

Yo no conozco ninguna obra en la literatura antigua y moderna en la que la acción misteriosa de las multitudes, sus anhelos íntimos y sus sentimientos hayan encontrado una expresión tan poderosa e inolvidable como en esta obra genial. ¡Y qué riqueza de colores y escenas! El sangriento campo de batalla de Austerlitz y Borodina, el incendio de Moscú, la terrible retirada de Napoleón y todos los tristes acontecimientos de aquella época se reflejan con incomparable precisión ante nuestros ojos y sobre todo ello flota la maldición de los pueblos, la terrible acusación contra el asesinato organizado de las masas: la guerra.

No es este el lugar de ocuparnos de Ana Karenina, la novela de Tolstoi en la que ya se encuentran los primeros indicios de su severa interpretación posterior de las relaciones entre el hombre y la mujer, que halló tan particular expresión en La Sotana de Kreutzer y en sus escritos filosóficos. Sólo hablaremos de él como hombre y pensador que ha llegado con toda energía a las últimas consecuencias de un punto de vista anarquista.

Personas que han sido educadas a base de conceptos e ideas de la vida de Europa occidental se explican difícilmente la evolución religiosa que atravesará Tolstoi en el período comprendido entre 1875 y 1880, así como su ensalzamiento de la doctrina cristiana. Y no obstante, este proceso evolutivo ha sido lógico para una naturaleza como la de Tolstoi. Después de haber llegado a la conclusión de que sólo en la multitud puede hallarse aspiraciones ideales no era sino muy evidente que tratara de ahondar en la vida del labrieg@ rus@. De esta manera llegó a conocer más de cerca las numerosas sectas religiosas y cristianas de l@s campesin@s rus@s, enemig@s de la Iglesia oficial y cuyas persecuciones sufrían constantemente. No existe en la Europa occidental otro país en el cual el sectarismo religioso está más desarrollado que en Rusia, país donde ejerce profunda influencia en la psicología popular. Este fenómeno curioso no ha sido bien explicado aún y sin embargo hubo en épocas anteriores movimientos análogos en la Europa occidental; la existencia de millares de sectas anticlericales que han interpretado a su modo el cristianismo y predicado la igualdad de tod@s l@s hombres. Los grandes movimientos populares de l@s albagineses, husistas y anabaptistas, que fueron l@s iniciadores de una formidable revolución social, revolución que sólo pudo ser reprimida gracias a la unión general de l@s reyes cristian@s, de l@s nobles y de la Iglesia Católica y protestante; el movimiento causado por Wycliffe en Inglaterra: todos esos anhelos que se han desarrollado en el seno del pueblo tienen una gran similitud con el sectarismo actual de Rusia. El sectarismo desaprueba el cristianismo oficial de la doctrina y el predominio de la iglesia. Much@s de sus adept@s creen encontrar todo lo ideal de la doctrina cristiana en las comunidades comunistas de l@s primer@s cristan@s. Niegan el dominio de un hombre sobre otr@ y reconocen como base de una verdadera moral cristiana la solidaridad y el apoyo mutuo.

Tolstoi, como ruso, había sido evidentemente influenciado por esas hondas aspiraciones espirituales de su pueblo; sentía instintivamente que era aquel terreno en que podía trabajar y difundir las convicciones más arraigadas de su corazón. Era aquel el campo que fecundó el espíritu del artista y pensador ruso, llevando sus frutos a todos los países y a todos los pueblos. Para Tolstoi la religión es un deber

interior que ve en cada semejante un amig@ y un herman@. Rechaza todas las ceremonias exteriores de la Iglesia y reduce su cristianismo a estos términos: "ama a tu prójim@ como a ti mism@". Por eso ve en Jesús la figura ideal más grande que ha producido la humanidad. No es el Jesús de la Iglesia, al hijo de Dios personal a quien adora, sino a Jesús hombre, mártir, que murió por su doctrina. Bien sabía Tolstoi que Jesús sólo podía ser grande como hombre; como Dios no es un mártir, ni un sufrid@, ni un perseguid@, pues no es posible que lo sea como Dios.

Partiendo de esa base desarrolla Tolstoi un anarquismo consecuente. Como enemigo de la Iglesia lo es también de toda organización política fundada en la fuerza y en la obligación. Condena al Estado en todas sus formas y ve en toda institución de gobierno una monopolización del crimen. El patriotismo, el nacionalismo, el odio de razas, la política, la diplomacia, el militarismo, la guerra, la ley, no son más que ramas aisladas del árbol del pecado. Tolstoi rechaza toda ley humana y sólo admite que el desarrollo del fuero interno constituye la condición real para una sociedad fraternal. Claro está que es el enemigo del monopolio de la propiedad, e igual que l@s anabaptistas y otras sectas religiosas de la Edad media preconiza la comunidad de la tierra. Esta pertenece a tod@s l@s hombres y el que se apropia de ella es un criminal. El ideal económico de Tolstoi es el comunismo agrario-anarquista. Poc@s escritores han censurado tan severamente las instituciones de la sociedad moderna como lo hiciera Tolstoi, pero han demostrado de un modo evidente que el progreso de nuestra llamada civilización es en realidad un proceso de degeneración física y moral. La caza desenfrenada de los placeres refinados, el lujo desordenado de las clases dominantes y la miseria corporal e intelectual en las grandes ciudades civilizadas, donde el hombre está aislad@ de la naturaleza, son síntomas terribles de esa degeneración. Como J. J. Rousseau ciento cincuenta años atrás, Tolstoi proclama como lema: ¡Volved a la naturaleza, a la madre tierra! Cuanto más sencilla y humildemente viva el hombre, cuanto más puros sean sus sentimientos, tanto mayor será su regocijo interior.

Tolstoi no es un reformador, no pertenece a aquell@s que quieren curar el mal por medio de pequeñas mejoras. Su doctrina va dirigida contra los fundamentos de la sociedad moderna; combate la esencia y no la forma de nuestra llamada civilización. Aspira a reorganizar la sociedad y la vida humana sobre una base nueva y rechaza todo compromiso. En este sentido el filósofo de Iasnaia Poliana es un verdadero revolucionario.

Rechazando toda clase de violencia, Tolstoi reprueba también la violencia como medio para combatir el mal. Es preferible sufrir de l@s injust@s, antes de ser injust@, tal es su lema. El mal hay que combatirlo no con la violencia, sino con el valor de las convicciones. Un ideal puro sólo puede ser realizado mediante medios puros.

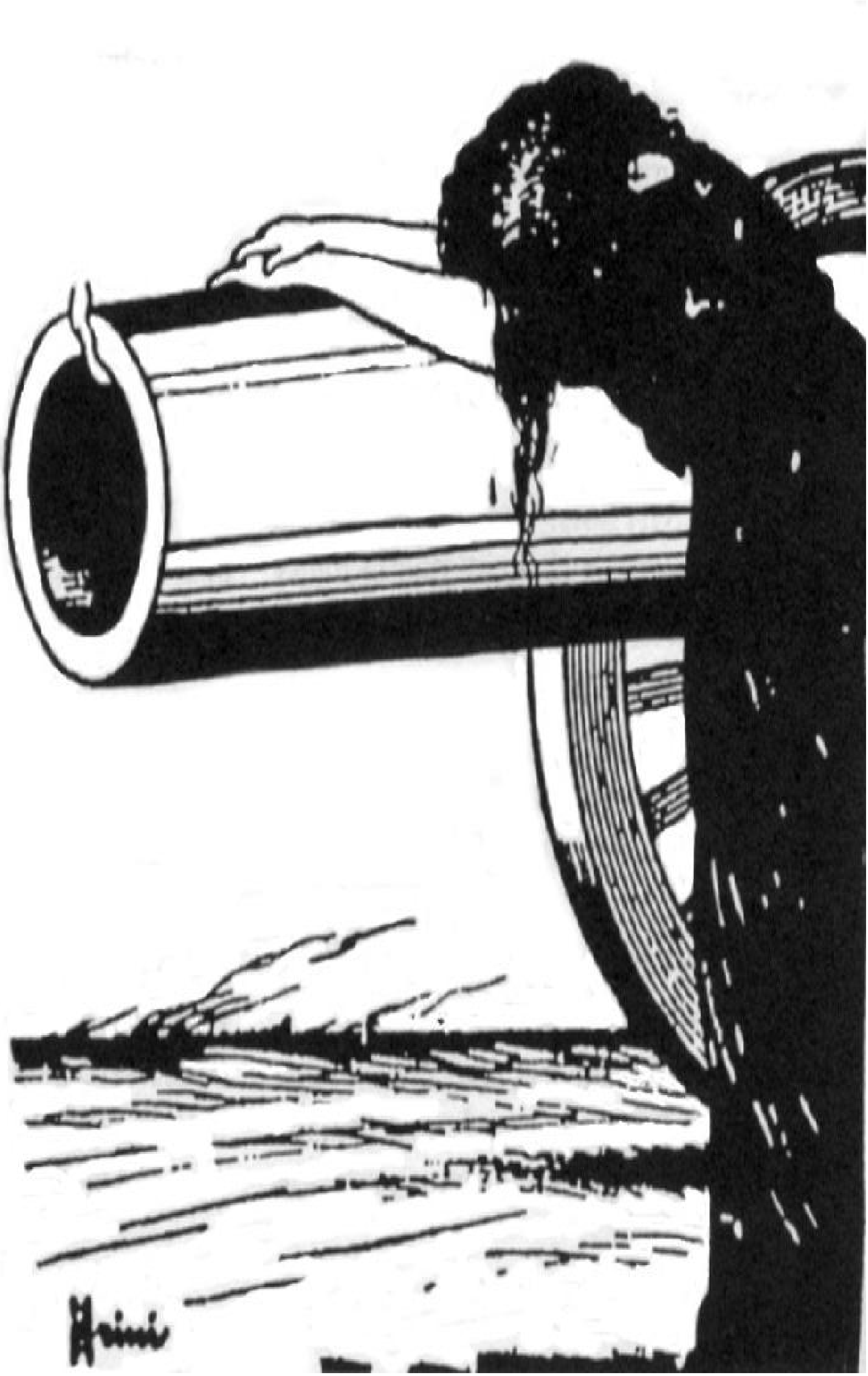
Comprendemos este punto de vista; más todavía: agreguemos que el terrorista revolucionario no es indudablemente el tipo ideal del porvenir; pero también a él lo comprendemos, pues estamos convencid@s de que la gran injusticia no puede caer sin erupciones violentas y de que debe morir por sus propias armas. Allí donde el hombre gime, sufre y muere bajo la maldición de un sistema brutal, la protesta violenta no es sino la consecuencia lógica e inevitable de ese sistema. Eso es lo que nos enseña la historia de todas las grandes revoluciones populares.

Pero admitamos también con profunda convicción el alto significado de la fuerza moral, que se manifiesta en diversos hechos, como lo pide Tolstoi. El boicot moral contra el Estado, la resistencia al servicio militar, es, fuera de duda, un método táctico que apela a los sentimientos más elevados del hombre. Pero nos falta la fe, creer que este método puede por si sólo libertar al hombre de la maldición de la esclavitud.

Muchos son los ríos que fluyen al mar, pero al cabo todos ellos se unen para un solo fin. También nuestros caminos pueden ser diversos pero el ideal que llevó al Rousseau ruso a una nueva vida es el mismo que arroja su luz en el abismo de las criaturas humanas esclavizadas, que aspiran a la libertad, a la dicha, a la luz.

Tolstoi es el profeta que ha vislumbrado el país de nuestr@s hij@s, el templo soberbio de las generaciones venideras. Es el país de nuestras esperanzas, el gran objeto de nuestra nostalgia, al cual saludamos con la palabra libertadora: ¡Anarquía!






C.I.A
$
U.S.A.: The New Reign of Terror.
UE
U.E., SAY: "-BREAD, NO BOMBS!"

LA INSUMISIÓN

Los gobiernos europeos tratan de sobrepujarse unos a otros acrecentando su armamento y obligándose a adoptar el expediente del servicio militar obligatorio como medio de enrolamiento del mayor número de tropas al menor precio posible. Alemania fue la primera a quien sugestionó este plan, y tan pronto puesto en práctica por una nación las otras se apresuraron a seguir el ejemplo. Así todos los ciudadanos tomarían las armas para sostener los dogmas en prejuicio de ellos mismos. De hecho se convirtieron en sus propios opresores.

En general el servicio militar obligatorio fue la inevitable y lógica conclusión a que era lógico llegar. Al mismo tiempo es la última expresión de la innata contradicción social manifiesta súbitamente cuando la violencia es requerida.

El servicio militar obligatorio evidenció claramente esta contradicción. Por supuesto el verdadero concepto de la vida social consiste en esto: el hombre, al darse cuenta de la crueldad de la lucha de unos contra otros, y del peligro que el individuo incurre, busca protección, transfiriendo sus intereses privados a la comunidad social. Considerando esto, el resultado del sistema de conscripción es que el hombre, hecho el sacrificio que consiste en escapar a la cruel batalla ya los duros avatares de la vida, es llamado una vez más a afrontar los peligros que había querido evitar y, por ende, la comunidad —el Estado— a lo cual los individuos hicieron ofrenda previa de sus ventajas, está expuesta ahora al mismo riesgo de destrucción que el propio individuo había confrontado antes. Los gobiernos pretendieron haber situado al hombre al amparo de la cruel lucha personal, dándole confianza sobre la inviolable estructura de la vida estatal. Pero en vez de esto, el Estado impone a los individuos una constante de parecidos riesgos, con la diferencia de que en vez de la lucha entre individuos del mismo grupo, la batalla es ahora entre unos grupos y otros grupos.

El establecimiento de la conscripción militar generalizada es como el trabajo de un hombre que apuntala una casa que se derrumba. Las paredes se desploman, obligándole a sujetarlas; el techo empieza a ceder y también hay que aguantarlo; lo mismo con el entarimado que se hunde. Finalmente, cuando todo parece estar bien sujeto la casa resulta inhabitable. Lo mismo puede decirse del sistema general de conscripción. La conscripción militar generalizada nulifica todas las ventajas de la vida social que estaba llamada a proteger.

Lo ventajoso de la vida social son aquellas garantías que ofrece para la protección de la propiedad y el trabajo, como la cooperación para el propósito de mutua ayuda. La conscripción militar generalizada destruye todo esto.

Los impuestos exigidos al pueblo para fines de guerra absorben la mayor parte del beneficio del trabajo que el ejército debería proteger.

Cuando los obreros son arrancados de su vocación laboral diaria, ésta queda prácticamente destruida. Cuando la guerra constituye una constante amenaza no merece la pena que las condiciones sociales sean mejoradas.

Cuando a un hombre se le dice que a menos de someterse a la autoridad civil corre el riesgo de verse

asaltado por bandoleros; que está en peligro de ser atacado por enemigos propios y extraños, de los cuales se verían en la necesidad de defenderse; que podría ser asesinado y que por tanto es ventajoso para él someterse a ciertas privaciones, medio por el cual puede escapar a todos los peligros, puede creer todo eso, especialmente en lo tocante a los sacrificios requeridos por el Estado, que le promete una plácida existencia de paz en la comodidad que en su nombre ha sido establecida. Pero ahora, cuando estos sacrificios no sólo han sido duplicados sino que las prometidas ventajas no han sido mantenidas, es perfectamente natural que estos hombres piensen que su subordinación a la autoridad es completamente innecesaria.

Pero la fatídica significación de la conscripción militar generalizada, como manifestación de esta contradicción que reside en el consenso social de la vida, no reside en esto. Donde quiera que la conscripción militar exista, todo ciudadano convertido en soldado se convierte igualmente en soporte del sistema estatal y obediente a cuanto el Estado quiere emprender. Al mismo tiempo no toma consciencia de su validez. Esta puede ser su principal manifestación.

Los gobiernos alegan que los ejércitos son primordialmente requeridos para la defensa exterior. Pero esto no es exacto. Ellos son empleados, en primer lugar, para intimidar a sus propi@s súbdit@s; y toda persona que cede a las conscripción militar se convierte en participante voluntario en todos los actos opresores del gobierno contra sus ciudadan@s. Es necesario señalar cuánto realiza el Estado en nombre del orden y el bienestar de la comunidad (todo ello reforzado por la autoridad militar) para convencerse de que todo hombre que cumple el deber militar se convierte en cómplice de los actos del estado aunque no pueda aprobarlos. Todo feudo dinástico o político; las ejecuciones que se efectúan en estos feudos; la represión de las rebeliones, el concurso militar en la dispersión de manifestaciones populares; en reprimir huelgas; todas las extorsiones en materia de impuestos; la injusticia sobre el monopolio de la propiedad agrícola; las trabas por la libertad del trabajo; todo esto se realiza, si no directamente por la tropa, si por la policía respaldada por la tropa.

Cualquiera que cumpla su deber militar se convierte en participe de todos estos actos; los cuales a menudo suscitan sus reparos y en la mayoría de los casos contradicen directamente a su consciencia. Los hombres no deben abandonar la tierra que han cultivado durante generaciones; no deben pagar impuestos abusivos. Tampoco deben someterse voluntariamente a la leyes que no han contribuido a crear; tampoco deben desistir de su nacionalidad. De consentir en deber militar tendrán que acatar la orden de golpear a l@s rebeldes. Sin embargo no deben secundar estos procedimientos sin preguntarse antes a sí mismos sí dichos procedimientos son o no justos. ¿Debo contribuir a todo esto?

La conscripción generalizada es el último paso en el proceso coercitivo dictado por el gobierno para soporte de su general estructura. Para los ciudadanos se trata del extremo límite de la obediencia. Es la clave de arco que soporta el muro, sacada la cual se derrumba enteramente el edificio. Ha llegado el momento en que cada uno de los abusos acumulativos de gobierno y su contexto, reclaman de tod@s l@s súbdit@s no sólo materiales sino sacrificios morales; en que cada hombre debe preguntarse así mism@: ¿Puedo efectuar estos sacrificios? ¿A favor de quién debo realizarlos? Estos sacrificios no son solicitados en nombre del Estado. En nombre del Estado se me dice que todo ello constituye la felicidad

del hombre, paz, familia, seguridad y dignidad personal. En suma, ¿quién es el Estado en cuyo nombre tales sacrificios se me piden? ¿Y cuál es su misión?

Se nos dice que el Estado es necesario. En primer lugar porque si no fuera por él ninguna persona se libraría de la violencia y de los ataques de l@s fascineros@s; en segundo lugar, porque sin el Estado nos convertiríamos en salvajes sin religión, sin moral, sin educación, sin instrucción, sin comercio, sin medios de comunicaciones, sin ninguna institución social; en tercer lugar porque sin el Estado estaríamos sujet@s a invasión de las naciones vecinas.

«Si no fuera por el Estado –se nos afirma–estaríamos sujet@s a la violencia y a los ataques de l@s pervers@s en nuestro propio territorio» .

¿Pero quiénes son es@s pervers@s de cuya violencia y ataques el gobierno y el ejército nos salva? Si tales hombres existieron hace tres o cuatro siglos, cuando los hombres se enorgullecían de su habilidad militar y de su fuerza muscular; cuando un hombre mostraba su valor matando a sus semejantes, no encontramos nada de todo eso en el tiempo presente. Nuestr@s comtemporáne@s ni usan ni llevan armas. Y firmes en sus preceptos de humanidad, de piedad para sus prójim@s, desean tanto la paz como una vida tranquila. Por lo tanto, esta rara especie de salteadores de la cual el Estado pretende defendernos, hace tiempo que no existen.

Pero cuando se nos habla de hombres de cuyos ataques el Estado nos defiende, se sobreentiende que se trata de criminales. En este caso sabemos que no se trata de seres extraordinari@s, de bestias de presa entre corder@s, sino de hombres como nosotr@s mism@s, tan renuentes a cometer crímenes como a sufrirlos. Sabemos ahora que las amenazas y los castigos son impotentes para reducir la importancia de tales personas, pero cuyo número puede decrecer cambiando el entorno por influencia moral. Por lo tanto, la teoría de la necesidad de violencia estatal para proteger el género humano contra l@s delincuentes, si tuvo algún fundamento hace tres o cuatro siglos no tiene ningún sentido en tiempo presente. Se puede más bien afirmar lo contrario actualmente, ya que la actuación del gobierno con sus anticuados y despiadados métodos de castigo, sus galeras, prisiones, horcas y guillotinas, muy por debajo del nivel general de moralidad, tiende más bien a rebajar el estándar moral que a elevarlo, y mejor aumenta que disminuye la cantidad de criminales.

Se suele decir que sin Estado no habría instituciones, educación, moralidad, religión ni armonía universal, que no habría medios de comunicaciones, que sin el Estado estaríamos desprovistos de esa organización tan necesaria para tod@s.

Un tal argumento pudo solamente tener base hace varios siglos. Si acaso hubo un tiempo en que l@ hombres adolecían de medios de comunicaciones rudimentarios y eran tan inept@s para el comercio y el intercambio de ideas que no podían establecerse convenios en materia de general interés –comerciales, industriales, económicas– sin la existencia del Estado, esto no es el caso en el tiempo presente. La extensa red de comunicación y el intercambio de ideas, ha dado este resultado: que cuando el hombre moderno desea fundar sociedades, organizar asambleas, corporaciones, congresos, instituciones científicas, económicas o políticas, puede no solamente dispensarse de la asistencia gubernamental, sino que en la mayoría de los casos los gobiernos son más un estorbo que una ayuda a favor de tales proyectos.

Desde fines del pasado siglo[1] casi todo movimiento progresivo humano ha sido no sólo frenado sino estorbado por los gobiernos. Tal fue el caso cuando se trataba de abolir el castigo corporal, la tortura, la esclavitud; y también cuando el establecimiento de la libertad de prensa y de reunión. Además, la autoridad del Estado y los gobiernos, realmente, no sólo no cooperaron sino que directamente obstaculizaron la actividad mediante la cual l@s hombres construyen nuevas formas de vida. La solución de los problemas del trabajo agrícola e industrial, políticos y religiosos, no solamente son desalentados sino tenazmente obstruidos por la autoridad gubernamental.

«A no ser por el Estado y la autoridad del gobierno –repite– las naciones serían invadidas unas por otras».

No vale casi la pena refutar este argumento. Se refuta por sí mismo. Se nos dice que el gobierno y sus ejércitos son necesarios para nuestra defensa contra los Estados vecinos, quienes podrían sometemos. Pero todos los gobiernos dicen lo mismo unos con respecto de otros; y, sin embargo, si cada nación europea profesa los mismos principios de libertad y fraternidad no necesitan defenderse del vecino. Pero si se tratase de defendernos contra l@s bárbar@s, entonces el uno por ciento de las tropas actualmente bajo las armas sería suficiente. No solamente el incremento de la fuerza armada no logra protegernos del peligro de un ataque de nuestr@s vecin@s; ello, verdaderamente, provoca el verdadero ataque que se pronostica.

Por lo tanto, tod@ hombre que reflexione sobre la necesidad del Estado a cuyo nombre es requerid@ a sacrificar su paz, su seguridad, su vida, tiene que llegar a la conclusión de que no existe ningún fundamento razonable para tales sacrificios. Incluso analizando el problema teóricamente, el hombre se da cuenta de que los sacrificios que se le solicitan por el Estado carecen de razón de peso; si se considera el asunto del punto de vista práctico, sopesando las diferentes condiciones en que ha sido planteado por el Estado, cada cual puede apercibirse de que, en lo que le concierne, la satisfacción de las exigencias del Estado y su propia sujeción a la conscripción militar indubitablemente y, en todo caso, menos ventajosas para él que si rehusara a cumplimentarlas.

Si la mayoría de la gente prefiere la obediencia a la insubordinación, no es porque haya juzgado el problema desapasionadamente, sopesando las ventajas y las desventajas, sino porque se halla, por decirlo así, bajo la influencia de una sugestión hipnótica. La gente suele someterse a esta clase de exigencia sin recurrir al uso de la razón, dejándose llevar por la ley del menor esfuerzo. Negarse a la sumisión requiere un razonamiento independiente al par que un esfuerzo; esfuerzo que algun@s hombres son incapaces de realizar. Pero supongamos la exclusión del sacrificio moral de la sumisión y la no sumisión, considerando solamente sus ventajas. Entonces la no sumisión resultará siempre más ventajosa que la sumisión. Cualquiera que sea mi condición, pertenezca a la clase acomodada –la opresora– o a la clase laboriosa –oprimida–, en todo caso las desventajas de la no sumisión son menos numerosas que las desventajas de la sumisión, y las ventajas de la insumisión mayores que la sumisión.

Si pertenezco a la clase opresora, que es la minoritaria, y me niego a someterme a las exigencias del gobierno, podré ser tratado como alguien que se niega a cumplir sus obligaciones. Puedo ser juzgado, y en caso de que el juicio termine favorablemente podré ser declarado no culpable o tratado como los

menonistas en Rusia: esto es, ser obligado a servir mi período militar realizando cualquier trabajo no militar. Por lo contrario, si el veredicto es desfavorable, seré condenado al exilio o a prisión por dos o tres años (hablo de eventualidades en Rusia); o tal vez mi tiempo de condena sea más prolongado. Incluso puedo ser condenado a muerte, aunque esto no es probable. Tales son las desventajas de la insumisión.

Las desventajas de la sumisión son las siguientes: en el caso más afortunado no seré enviado a matar al prójim@ ni afrontaré el riesgo de quedar lisiado o ser muerto. Harán simplemente de mí un esclavo militar; se me hará formar vestido como un clon; mis jefes superiores, desde el cabo al mariscal, dispondrán de mí a su guisa. A su voz de mando tendré que efectuar una serie de contorsiones gimnásticas, y después de haber sido secuestrado de uno a cinco años, seré liberado; pero todavía obigado por un término de diez años a estar dispuesto en todo momento, en que pueda ser obligado a ejecutar las órdenes que tenga a bien impartirme.

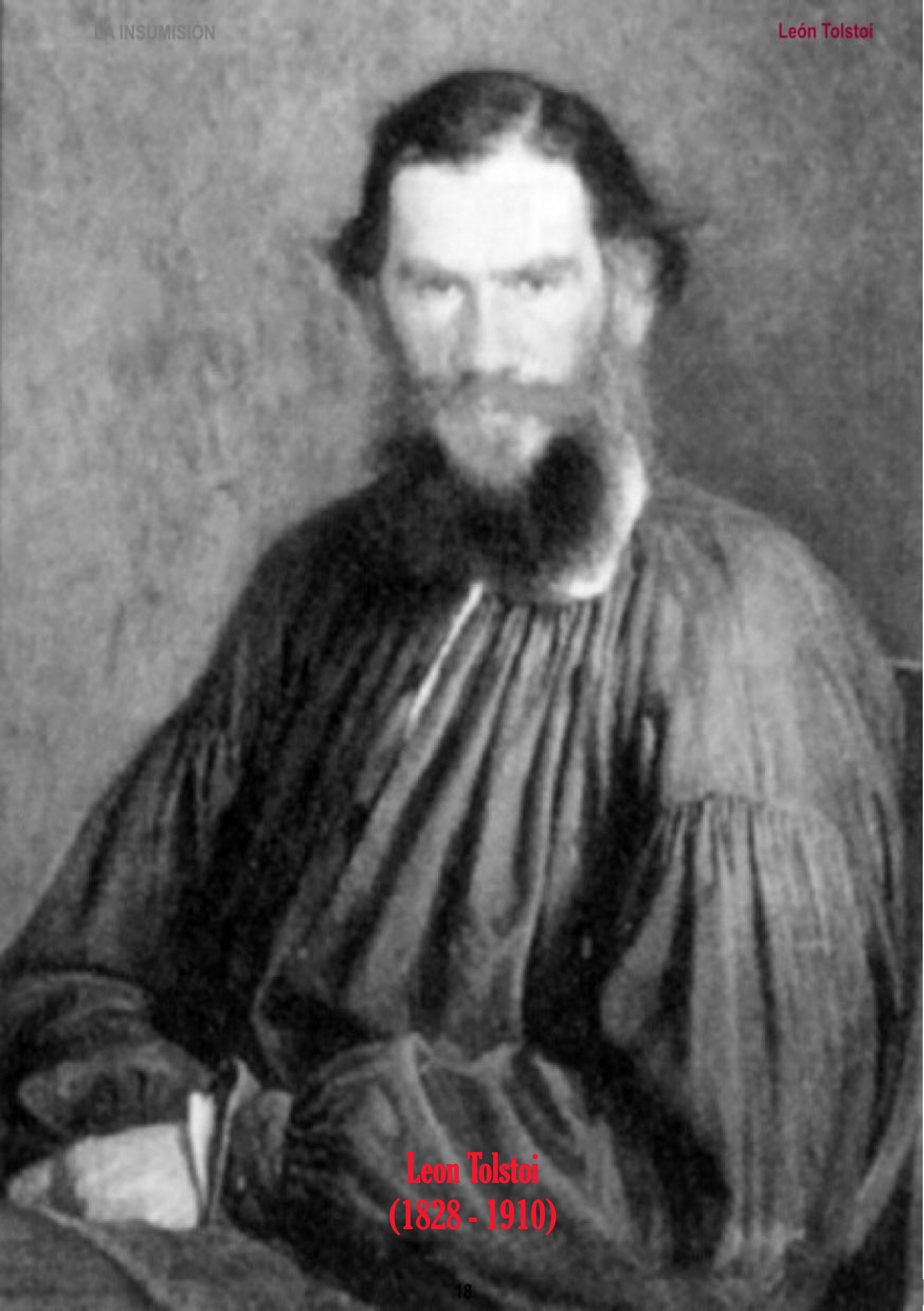
Y aun en el caso peor, seré enviado a la guerra, siempre bajo la misma condición de esclavo; allí seré obligado ha matar a mis camaradas de otros países que jamás me hicieron daño alguno, o bien puedo ser enviado, como antaño ocurrió, a Sebastopol, a una muerte segura. Esto ocurre en toda guerra. Peor que todas estas cosas tal vez pueda ser enviado a luchar contra mis propi@s compatriotas y obligado a matar a mi propi@ herman@, por cierto asunto dinástico o gubernamental ajeno, por extraños intereses. He aquí las desventajas comparativas.

Las ventajas comparativas de sumisión y no sumisión son las siguientes. Para el que se ha sometido, las ventajas son estas: después de haberse sometido a todas las degradaciones y haber cometido los actos más crueles bajo mandato puede, en el caso de haber sobrevivido, recibir ciertas escarapelas o dorada chuchería para decorar su atavío de clon. Y si resultara especialmente afortunado, centenares o miles de gentes tan bastos como él mismo pueden ser puestos bajo su mando, y ser ascendido a mariscal y recibir, en pago, sustanciales sumas de dinero.

Rehusando someterse adquirirá la ventaja de preservar su dignidad, el respeto de la gente digna y, sobre todo, obtendrá la seguridad de cumplir los designios de Dios y, por ende, aportará un cuantioso beneficio al género humano.

Tales son las ventajas y desventajas, respectivamente, para el opresor o miembro de la clase privilegiada. Para el representante de la clase laboriosa —el pobre— las ventajas y desventajas son más o menos las mismas si adjuntamos una importante partida a las desventajas. La desventaja especial para el miembro de la clase trabajadora que no ha rehusado al servicio militar consiste en que, al empezar el servicio, su participación y su tácito consentimiento confirma la opresión a que se encuentra sometido.

Pero la cuestión concerniente al Estado, tanto si su continua existencia es necesaria o fuera más sensato optar por su abolición, no puede ser discutida en su inutilidad por las personas requeridas a soportarlo tomando parte en el servicio militar, y menos aún sopesando comparativamente ventajas y desventajas de la sumisión o insumisión por el individu@ mism@. Ha sido decidido irrevocablemente por la conciencia religiosa, por la conciencia de cada individu@, para los cuales, incuestionablemente, la conscripción militar representa una cuestión seguida de la necesidad o no del Estado.



Leon Tolstoi
(1828 - 1910)

LA RESPONSABILIDAD DEL PROLETARIADO ANTE LA GUERRA

Conferencia pronunciada en el Congreso de l@s obrer@s de la industria de armamentos en Alemania, celebrada en Erfurt, del 18 al 22 de Marzo de 1919.

¡Compañer@s!

El problema que nos ocupa hoy como primer punto del orden del día, puede ser dividido en dos partes: ¿Tiene ya hoy el proletariado, dentro del orden social existente, un interés en actuar resolutivamente en el carácter y en las formas de la producción? Segunda: ¿En qué medida están interesad@s l@s obrer@s de la industria del armamento, particularmente en este asunto?

El movimiento obrero de los últimos cuarenta años, en especial el de Alemania y de los demás países germánicos, no se ha planteado nunca ese problema. Se contentó con ver en el trabajador una máquina viviente, un esclav@ asalariad@, obligad@ por el poder incontestable de las condiciones económicas a vender la fuerza de sus músculos y de sus nervios. Y se consideró natural que, mientras exista la sociedad actual, el capitalista determine sin restricción alguna sobre el modo y la naturaleza de la producción. No se podía imaginar una posibilidad distinta. Las luchas económicas se llevaron a cabo exclusivamente para obtener salarios más altos, jornadas de trabajo más cortas y en general mejoramiento de las condiciones de trabajo. Apenas se pensó en problemas más elevados.

Pero no fue siempre así, compañer@s. Hubo una época en que l@s trabajadores socialistas conocieron problemas más hondos y aspiraron a otra forma de actividad. Sin embargo, nos hemos habituado a considerar despectivamente aquel periodo con incomprensible espíritu de superioridad y a vanagloriarnos de nuestro desarrollo; pero pienso que los espantosos acontecimientos de los últimos cinco años[1] constituyen un motivo suficiente para someter nuestro juicio a una rectificación fundamental.

Las organizaciones francesas de 1840-50, una de las fases más interesantes de la historia del movimiento obrero europeo, no se contentaban con las simples luchas del salario y de la propaganda política electoral. Estas organizaciones, que se desarrollaron por centenares en la mayoría de las ciudades francesas, y principalmente en París, tenían como objetivo final la concentración progresiva de la producción entera en manos de la clase obrera por medio de la fundación de cooperativas socialistas de producción; propagaban también al mismo tiempo un derecho de co-determinación de l@s trabajadores en los establecimientos capitalistas relativamente al carácter de la producción. Esta tendencia se reveló claramente en especial en la última fase de evolución de las asociaciones. Si había llegado a la convicción que l@s obrer@s producían una cantidad de cosas directamente nocivas para la gran masa de l@s consumidores. El sentimiento moral de la responsabilidad del obrer@ socialista se sublevó ante el hecho de estar él mism@ forzad@ a figurar también como engañador de sus compañer@s de clase a causa de la naturaleza y el modo de su actividad productiva. Por esta razón se exigía una especie de derecho de veto de l@s obrer@s en las fábricas para co-determinar sobre la utilidad o la nocividad de las distintas y numerosas ramas de la producción.

Fernando Garrido, un@ de l@s iniciadores del socialismo en España, expresó estos pensamientos claramente en su obra sobre las Asociaciones Obreras en Europa, que tuvo gran influencia en las primeras organizaciones obreras socialistas y sindicales de su país. Garrido defendía el punto de vista que el socialismo no era propiamente más que la responsabilidad individual de cada un@ en el bienestar social de la totalidad. Por este motivo es deber de l@s obrer@s socialistas expresar dentro de la sociedad capitalista ese sentimiento de responsabilidad para desarrollarlo y cultivarlo como la más preciosa garantía de la realización futura del ideal socialista. Vio en el derecho de co-determinación de l@s trabajadores sobre el carácter de la producción, no sólo una demanda socialista práctica de honda significación teórica, sino también un medio para fortalecer el espíritu de la verdadera solidaridad y el sentimiento moral de la responsabilidad de l@s trabajadores. Las organizaciones económicas de lucha del proletariado catalán, que contaba entonces más de 50.000 miembros, se ocuparon vivamente de este problema. Hasta se llegó a luchas ocasionales entre el capital y el trabajo en esta contienda por la «conquista del taller y de la fábrica».

También en las filas de l@s obrer@s ingleses germinó ese pensamiento en la época en que Robert Owen fundó su Great National Trade Union, que, por desgracia, tuvo que sucumbir prematuramente ante las crueles persecuciones del gobierno inglés.

Después de la derrota sangrienta de l@s combatientes parisin@s de junio de 1848[2], y de la reacción general consiguiente, desapareció por muchos años ese movimiento lleno de promesas y resurgieron con vigor después, al fundarse la Asociación Internacional de l@s Trabajadores[3]. La Internacional fue el primer gran ensayo para unir a la clase obrera de todos los países en una sola federación poderosa, a fin de romper el yugo de la esclavitud del salario y abrir el camino al desenvolvimiento de una cultura social superior sobre la base de la igualdad económica y de la libertad política. Su lema «La emancipación de l@s trabajadores debe ser obra de l@s trabajadores mism@s», fue la solución del proletariado internacional. La Internacional declaró que la emancipación económica de la clase obrera era el gran fin a que debía subordinarse toda acción política como medio y con eso escribió en su bandera la acción directa del proletariado contra la sociedad capitalista y sus sostenedores. Desgraciadamente, la rica evolución de las ideas en las filas de la Internacional, su esclarecimiento intrínseco y finalmente las grandes discusiones teóricas entre l@s adept@s de la actividad parlamentaria y l@s representantes de la acción económica directa, se desarrollaron casi exclusivamente en los países latinos. Los demás países, y en especial en Alemania, permanecieron casi extraños a ese proceso, y aun hoy mismo, la rica literatura de aquel periodo en donde fueron expresadas estas ideas, es un capítulo desconocido para el proletariado alemán.

En el congreso de Bruselas de 1868 se ocupó la Internacional del problema de la guerra, que justamente entonces tenía una aguda significación por la tirantez entre Francia y Prusia. El congreso declaró que la huelga general era el arma más eficaz para impedir la matanza de los pueblos y adoptó una resolución en ese sentido. Por primera vez en la historia se proclamó allí claramente que el proletariado internacional tiene sus intereses especiales como clase en contradicción notoria con los llamados intereses nacionales de la burguesía.

En el congreso de Basilea de 1869, que representa el punto culminante de la madurez de la internacional, fue tratado el problema de la significación de las organizaciones económicas de lucha fundamental y decisivamente. El congreso aprobó la resolución según la cual las organizaciones sindicales no eran de ningún modo cuadros que sólo tenían su derecho a la existencia dentro de la sociedad capitalista, sino que esas corporaciones debían ser consideradas, por así decirlo, como las células de la futura sociedad socialista, y su misión histórica consistía en tomar a su cargo, el día de la revolución, la socialización de la producción de abajo a arriba de la acción directa de l@s trabajadores mism@s. En este sentido se desarrollaron las organizaciones económicas de lucha del proletariado en los países latinos. Los sindicatos no fueron concebidos como organizaciones gremiales ordinarias, sino como corporaciones socialistas revolucionarias cuya misión era dar a las condiciones económicas un carácter social y agrupar en sus filas al proletariado como clase. La conquista de la fábrica y del taller fue nuevamente la solución de la época. Cómo interpretaban las cosas l@s trabajadores, nos lo dicen elocuentemente las huelgas de albañiles de Barcelona y de los molineros de Alcoy en 1871, para no citar más que dos ejemplos entre otros muchos. Los albañiles obligados a emplear material viejo y malo en la construcción de viviendas para obrer@s, se dirigieron en un manifiesto a la clase obrera de su ciudad en demanda de auxilio, pues estaban decidios a emprender una lucha en interés de la comunidad. Decidieron desde entonces trabajar sólo con material nuevo y utilizable, y además exigir que todos los planos para la construcción de viviendas obreras se presentasen primeramente al sindicato para su examen, a fin de tener en cuenta el sentimiento de la responsabilidad moral de l@s trabajadores.

Los molineros de Alcoy se negaron a moler esparto en la harina, no pudiendo armonizar con su conciencia un acto semejante contra los intereses de sus compañer@s de clase consumidores. En ambos casos los obreros no presentaron demanda alguna para mejorar su situación propia, sino que lucharon sencillamente por los intereses de la comunidad. El fundamento justo y social de sus demandas era bastante sólido como para romper la resistencia de l@s capitalistas. Tales ejemplos se podrían citar en cantidad. Fueron ensayos de l@s obrer@s para actuar en el sentido socialista revolucionario mediante la acción directa en el carácter de la producción. Pero una nueva reacción, que se extendió más y más por todos los países latinos, puso también un fin a este movimiento y lo llevó de la arena de la franca lucha social, al estrecho ambiente de las organizaciones conspirativas. En Francia el proletariado sufrió una derrota decisiva en la represión sanguinaria de la Comuna de París, en mayo de 1871. Un@s 35.000 hombres, mujeres y niñ@s fueron asesinad@s por los siervos dorados de la Tercera República; entre l@s caíd@s había much@s de l@s más nobles y de l@s mejores, como por ejemplo el encuadernador Varlin, el alma de la Internacional en Francia. Millares fueron enviad@s después a las colonias penales de Nueva Caledonia, y el derecho de asociación fue suprimido, la prensa socialista prohibida, la palabra libre amordazada.

En España, se produjo la catástrofe en 1873, después del sometimiento de la revolución cantonalista y de la represión de la Comuna revolucionaria de Cartagena con ayuda de barcos de guerra ingleses y prusianos. Después vinieron las leyes de excepción y las terribles persecuciones contra l@s anarquistas y l@s internacionalistas españoles, que hicieron imposible toda actividad pública del proletariado espa-

ñol durante nueve años comparados con los cuales palidecen los peores días de la ley contra l@s socialistas en Alemania.

En Italia, después de la sublevación de Benevento en 1877, la Internacional fue proclamada una sociedad de malhechores, sus miembros arrojad@s a las prisiones y sus organizaciones disueltas.

Durante este periodo espantoso de la reacción, se desarrollo más y más una nueva fase del movimiento socialista de Europa, que tuvo su origen en Alemania, la fase de los partidos obreros socialistas y de la actividad parlamentaria del proletariado. La acción directa «para la conquista de la fábrica y el taller», cedió a la acción parlamentaria para la «conquista del poder político»[4]. En lugar del socialismo revolucionario apareció un eclecticismo político que se perdió cada vez más en el pantano del parlamentarismo burgués. La evolución viviente de las ideas en la época de la Internacional, fue sustituida por un fatalismo dogmático que castró toda iniciativa creadora y toda energía revolucionaria. Los sindicatos fueron considerados como escuelas previas para las sociedades electorales y se transformaron más y más en agrupaciones ordinarias de socorros mutuos, que obstaculizaron sistemáticamente toda lucha económica seria para entregar por fin la clase obrera alemana a l@s capitalistas, atada de pies y manos mediante las tarifas de salarios.

El estado militar pruso-germánico se desenvolvió con siniestra fuerza y se convirtió en un peligro para toda Europa, en una maldición para el pueblo alemán. Sin embargo, la socialdemocracia alemana condenó toda forma de propaganda realmente antimilitarista. Todo intento revolucionario de levantarse contra el Estado de los Junkers y de los grandes industriales. Se habló de la actividad constructiva práctica, pero no se construyeron más que miserables toperas a costa de los principios socialistas. Toda oposición contra una táctica tan vergonzosa fue ahogada en germen con brutal impiedad, todo sentimiento democrático fue sacrificado a una burocracia sindical y partidista nueva y exuberante . Se incitó a conquistar el poder político y en este ensayo el socialismo fue lamentablemente crucificado.

Las consecuencias son conocidas, compañer@s. El 10 de agosto de 1914[5] fue el Jena[6] de la socialdemocracia alemana, el Jena del socialismo parlamentario. Llegó el tiempo del examen, pero no pudo resistir la prueba. En mi opinión, no es justo hablar aquí de una traición de tal o cual jefe. El sólo hecho de que la poderosa socialdemocracia alemana[7], con sus millones de adept@s, pudiese ser llevada en unos días a oficiar de pregonera del imperialismo prusiano, habla por si mismo. Sheidemann, Ebert, David y compañía, son únicamente los testamentarios de una táctica corrompida, los testamentarios de un pseudosocialismo que ofició largo tiempo de maestro del proletariado internacional.

Se cree poder rendir cuentas de la terrible catástrofe que hemos experimentado al declarar simplemente que la guerra fue la consecuencia inevitable del imperialismo capitalista. Pero esto sólo es verdad en una cierta medida. Mientras exista el sistema capitalista se tuvo y se tiene que contar constantemente con el peligro de una guerra. Esto, sin embargo, no modifica nada el hecho indiscutible que el gobierno alemán provocó esa catástrofe de una manera criminal, que la preparó desde hacía largo tiempo y que los armamentos in-interrumpidos del militarismo alemán forzaron realmente a Europa a convertirse más y más en un cuartel. Los documentos que ha publicado el gobierno republicano de Baviera no dejan aparecer sobre eso la menor duda. Y que el espíritu del asesinato no ha muerto aún en Alemania nos lo

prueba el fin trágico de Kurt Eisner, víctima de su amor a la verdad.

Precisamente por esta razón la clase obrera alemana tiene mayores compromisos morales que la de otra nación cualquiera. No sólo apoyó en su inmensa mayoría el crimen monstruoso de su gobierno, lanzando la antorcha de la guerra a Bélgica y a Francia, sino que ni siquiera recordó su deber cuando el militarismo alemán oprimió la revolución rusa y la obligó a la vergonzosa paz de Brest-Litowsk. No puede sostener de sí misma siquiera que ha espiado su injusticia por el 9 de noviembre de 1918, pues la revolución alemana no fue el resultado de la acción decidida de nuestro proletariado. Se produjo porque el viejo sistema estaba interiormente tan carcomido y socavado que debió derrumbarse. Nos cayó por decirlo así, en el seno, de tal modo que la mayoría de nosotr@s no sabemos todavía hoy que hacer. Por eso tenemos dobles deberes, deberes decuplicados.

¡Compañer@s representantes de l@s trabajadores de la industria de los armamentos de Alemania! Estamos hoy ante una decisión de graves consecuencias. Hemos planteado el problema: «¿Cuál es nuestra actitud respecto de la elaboración de utensilios para el ejército?».

Plantear este problema equivale a contestarlo. Hemos vivido una catástrofe, una catástrofe de un alcance tan incalculable que la historia mundial no vio otra como ella. Quince millones de muert@s, millones de cieg@s, lisiad@s, enfermiz@s. ¿Y quién aprecia la suma de la miseria general que ha creado esa espantosa matanza de pueblos? Si un cerebro humano fuera capaz de concebir en su totalidad horrenda este crimen atroz en todos sus detalles y determinarlo, caería bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas. La mayor parte de l@s hombres son moralmente cobardes, tiemblan ante la responsabilidad, y sólo están dispuest@s a echar la propia culpa sobre las espaldas ajenas. ¿Qué hemos hecho hasta aquí para combatir el Moloch militarista, para arrojar de nuestras puertas el demonio de la guerra? Antes que nuestr@s jefes polític@s aprendieran el «hasta el fin», nos contentábamos con la máxima: «Para el militarismo ni un hombre ni un penique». Y habíamos visto en estas palabras la última conclusión de la sabiduría. Pero no nos oponíamos cuando el Estado azotaba a nuestros hijos en los cuarteles y los adiestraban con todos los refinamientos para la matanza humana. En los parlamentos no se aprobaba un penique para el Moloch, pero nosotr@s fundíamos cañones y forjabamos fusiles para él. Y esa culpa no es sólo de la clase obrera alemana, sino de l@s trabajadores del mundo entero. En nuestros congresos mundiales predicábamos el amor fraterno, pero nuestros besos de herman@s eran besos de judas, pues nos armábamos, llenábamos más y más los arsenales de la muerte, los talleres de la matanza sistemática de las masas. «¡Abajo las armas!», gritábamos con frenético entusiasmo, pero no teníamos el valor moral para abandonar los martillos que las forjaban. El corazón latía en nosotr@s más alto cuando sonaba en nuestros oídos:

C'est la lutte finale, gruppons nous et demain L'Internationale sera le genre humain![8]

Pero cuando llegó la hora de la prueba, entonces ahogamos los sones de la Internacional en el «Deutschland, Deutschland über alles», como los sones de la marsellesa quedaron sofocados finalmente en el canto de triunfo del zarismo ruso en la poesía de Tchaikowsky.

Cuando las conquistas de la revolución parisina de febrero fueron aniquiladas, escribió Alejandro Herzen[9] con amargo desprecio humano: «¡No habéis querido el socialismo, pues bien, tendréis la gue-

la tuvimos. Si el proletariado de Alemania y el mundo entero no comprende la grave seriedad de esta hora, volveremos a tener la gran catástrofe.

Compañer@s, bastante ha reposado la muerte sobre las comarcas de Europa; ahora está de nuevo la decisión en nuestras manos. No nos será aportada desde arriba, ningún congreso de la paz nos lo dará; la solución del problema sólo puede ser realizada por la acción revolucionaria directa de l@s trabajadores mism@s.

¡No fabriquemos más armas de guerra! No demos al Estado más cañones, más fusiles. No pongamos más armas de muerte en las manos de l@s frí@s asesin@s. Preocupémonos de que los establecimientos de la destrucción y de la espantosa carnicería humana se transformen en talleres del trabajo útil y pacífico. Vivimos en una época extraordinaria y tales momentos exigen resoluciones extraordinarias y actos revolucionarios. No es este el instante de los temerosos titubeos. Toda vacilación es criminal, es favorecimiento del crimen. Rabia ya en nuestras propias entrañas. Apenas han pasado cuatro meses y el arsenal entero de los Hohenzollern está de nuevo en completa actividad, esta vez contra el propio pueblo. El 9 de noviembre fue un rayo de luz en las tinieblas de nuestra desgracia sin nombre. Un sistema nefasto, cuy@s representantes están cargad@s con las maldiciones de la humanidad entera, se derrumbó. Alemania se sintió libre, l@s reaccionari@s se escondieron, medros@s, en los más oscuros rincones, o huyeron en masa al extranjero. Pero l@s partidari@s de ir «hasta el fin» habían ya empuñado en sus manos el timón. Las mismas gentes que marcharon mano a mano con l@s peores enemig@s del pueblo durante cuatro años, haciéndose por eso responsables del crimen sin nombre, las mismas gentes que arrojaron contra la revolución sus anatemas cuando apareció a nuestras puertas, se convirtieron en nuestr@s gobernantes. En vano predicó Eisner la caída de l@s comprometid@s. Las consecuencias se señalaron bien pronto. A pesar de que estamos ante la ruina general, a pesar de que nuestras deudas superan casi el doble de nuestro haber nacional, a pesar de que Alemania en su época de prosperidad, no era capaz de millarda y media de impuestos, ahora debe pagar 25 millardas; a pesar de sólo había y hay una salida en esta situación atroz, la socialización de la tierra y de los establecimientos industriales, a pesar de todo, este problema fue dilatado de una manera irresponsable y su solución directa de tal modo que desde el principio se pudo gritar con Marat: «La segunda legislatura no es menos haragana que la primera». Y en cuanto, después de este eterno titubeo de esa incapacidad pueril para adoptar una gran resolución cualquiera que correspondiera a la grandeza y la gravedad de esta hora, apareció en las filas de l@s trabajadores un descontento cada vez mayor, fortificado más aún por los padecimientos y las privaciones de largos años y se tradujo violentamente por fin en Berlín y en otras ciudades, l@s advenediz@s del poder señalaron tan poca comprensión de las profundas causas psicológicas de esos fenómenos como los representantes del viejo régimen. Y lo mismo que ellos, no tuvieron otro argumento que el fusil que dispara, y el sable que corta. Desde entonces levanta la cabeza en todas partes, sin temor, la contra-revolución. Hordas pretorianas voluntarias, con oficiales reaccionarios a la cabeza, aterrorizan a la población laboriosa y el gobierno no puede conjurar el espíritu que les llama. El estado de sitio es casi una condición normal de la nueva Alemania, y el asesinato cobarde de l@s defensores sincer@s de la libertad del pueblo, se ha convertido en una industria.

En Berlín duró la lucha de clases una semana entera. Se operó con cañones, lanzaminas y gases como en los campos de batallas. Centenares de hombres inocentes han caído víctimas de las carnicerías, y actualmente el bien o el mal de cuatro millones de hombres está de nuevo en manos del poder militar. Lo mismo ha sido experimentado en otras ciudades.

Compañer@s, ¿no es ya tiempo de poner fin a estas terribles condiciones? ¿Podemos cargar más tiempo sobre la conciencia la gran responsabilidad de la matanza fratricida? ¿No es el momento más oportuno para paralizar la violencia negándole los instrumentos de la violencia? Yo creo que a cada un@ de nosotr@s le interesa el bienestar de nuestro pueblo, y para el que aspira a salvar el futuro de la revolución, no puede haber más vacilaciones. No tenemos derecho a murmurar sobre nuestra esclavitud, mientras forjemos nosotr@s mism@s las propias cadenas. La negativa a la producción de armas es la única garantía para terminar la matanza organizada de las masas.

¡Compañer@s de la industria de los armamentos! El destino del pueblo está en vuestras manos. Una resolución sería, viril por vuestra parte, no dejará de tener su efecto aun fuera de las fronteras. En el interior no se tiene todavía mucha confianza en nosotr@s, después de la monstruosidad que ha acontecido. Se ve a la cabeza del nuevo Estado a l@s mism@s hombres que han prestado servicios de asistentes del viejo régimen hasta la última hora, y se duda de ell@s. Pero una resolución como la que os propongo aquí sería una manifestación de l@s trabajadores mism@s, una documentación publica de nuestro amor a la paz y a la libertad, y, creedme, camaradas, debería hallar y hallaría un eco en el corazón del proletariado de todos los países.

Tal vez se nos hará reproche de que queremos entregar sin defensa la patria a la arbitrariedad del enemigo. ¿Pero no debe cada un@ llegar a la convicción, después de los terribles acontecimientos de los últimos cuatro años, de que la peor invasión no hubiera sido capaz de producir sobre nuestro pueblo tantas desdichas como la defensa de la patria? Pero hoy no tiene objeto ya esa objeción, pues hemos sido batid@s tan profunda y decisivamente, que todo pensamiento de una defensa frente a un enemigo superior sería un crimen absurdo. No nos queda más que un arma —la acción moral sobre la clase obrera de los otros países—, y la aprobación de mi proposición por este congreso sería un paso poderoso en este sentido.

Los gobiernos de los aliados no nos han dejado duda alguna de que están decididos a reducir violentamente el poder del ejército alemán. Si las informaciones de la prensa son verdaderas, Inglaterra exigirá categóricamente la abolición del servicio militar obligatorio en Alemania y permitirá sólo un ejército mercenario en proporciones limitadas. Si este es el caso, entonces nuestra responsabilidad es aún mayor y mi proposición tendrá doble significación para el porvenir. El joven que es presionado en el ejército mediante el servicio general obligatorio, es siempre un ser humano y espera con impaciencia el momento de poder cambiar de nuevo el uniforme por el traje civil para volver al ambiente de sus compañer@s del pueblo. Pero l@s mercenari@s, que hacen del asesinato humano una industria y elevan a virtud la fuerza, son, o bien criaturas a quienes escapa toda responsabilidad moral de sus actos, o individu@s interiormente embrutecid@s en l@s que ha muerto todo rastro de humanidad.

¡Ay de nosotr@s si entregamos nuestro destino y el destino de nuestr@s hij@s a una horda de preto-

rian@s! El primer paso para ello desgraciadamente está ya dado. Todos los cuerpos voluntarios creados en los últimos meses con febril precipitación, para asegurar supuestamente las fronteras alemanas, sólo son en realidad tropas de ataque necesarias para estrangular la revolución y favorecer la victoria de la contrarrevolución.

Justamente por eso, compañer@s, se nos impone tanto más imperiosamente el deber moral de rehusar a la violencia brutal del poder de las armas. Hasta aquí l@s trabajadores estuvieron dispuest@s, por desgracia, a arriesgar su vida en las trincheras en pro de extraños intereses. Muy difícilmente se les podía ganar para la defensa de los intereses propios. La clase gobernante nos aventaja en este concepto.

Poco antes del estallido de la guerra, publicó el Labour Leader, el órgano del partido obrero independiente de Inglaterra, una serie de artículos sobre la existencia de un torneo internacional de armas al que pertenecían 70 de las fábricas de armas más grandes de todos los países, entre ellas la Krupp en Alemania, Armstrong en Inglaterra y Schneider en Francia. El torneo había elaborado, con todos los refinamientos, un sistema que le ofrecía la posibilidad de utilizar todos los Estados de la manera más desvergonzada. Si se dirigía un Estado con una proposición a una de las firmas en demanda de precios, se le participaban éstos y se ponía la respuesta en conocimiento de las demás firmas del concierto. Si el mismo Estado preguntaba entonces a otra firma para probar la concurrencia, esta otra firma estaba comprometida a dar precios más elevados. De este modo era excluida toda competencia y el Estado debía pagar la suma que se le exigía. La ganancia era repartida después, de acuerdo a ciertas proposiciones, entre las firmas del convenio. El pacto de esa noble corporación no fue abolido de ningún modo por la guerra, y mientras que a los internados civiles de los distintos países se les robaba lo último y se les enviaba absolutamente desprovistos de medios a sus respectivas nacionalidades, nadie pensó en tocar los intereses que tenía la firma Krupp en Inglaterra y la firma Armstrong en Alemania. Como han sobornado est@s nobles compatriotas la prensa del extranjero para producir el espíritu guerrero, a fin de recibir más y más proposiciones de los Estados, nos lo ha dicho Karl Liebknecht en su memorable discurso del Reichstag[10] con clásica meridianidad.

¡Compañer@s! Todas estas terribles experiencias requieren imperiosamente una solución, un hecho. Hoy que nuestro país está en el camino de la revolución, debe quedar a un lado todo frívolo materialismo, nacido del egoísmo de esta hora, y dejar el puesto a estas consideraciones y a interpretaciones más ideales. Las palabras que el moribundo Saint Simon dijo a su discípulo favorito, Rodríguez como salutación de despedida: «Piensa, hijo mío, que se debe estar entusiasmado para realizar grandes cosas», estas palabras son también un legado para nosotr@s, para los que tienen la aspiración de dirigir la humanidad desde el caos tenebroso de la mentira, de la opresión económica y política y de la violencia bruta a las puras esferas de una cultura superior.

Se nos asegura cada día en todas las variaciones imaginables, que Alemania está al borde del abismo, que nos amenaza el hambre y la miseria sin nombre y que sólo el trabajo, el trabajo vital y proficuo, para que nuestro atormentado pueblo pueda finalmente sanar.

«Ni un hombre ni un arma para el Estado» —sea esta nuestra promesa para el futuro, sobre la que surja por fin la verdadera y la efectiva revolución, que nos aportará el reino de la paz y de la libertad, el

reino del socialismo–, la revolución que el poeta predijo con mirada de vidente, cuando hizo manar jubilosamente de sus labios:

Kehre wieder über die Berge,
Mutter der Freiheit, Revolution!
(Vuelve por sobre los montes/
Madre de la libertad, ¡revolución!)

RESOLUCIÓN. Considerando que la liberación de la clase obrera debe ser obra de l@s trabajadores mism@s, considerando, además, que la matanza sistemática de los pueblos y la opresión violenta de las clases desposeídas sólo es posible mediante la cooperación de l@s trabajadores, la conferencia nacional de l@s trabajadores de la industria de armamentos resuelve proponer a tod@s l@s obrer@s ocupad@s en la industria de las armas, el rechazo total de toda producción ulterior de material de guerra y la transformación de los tallares para el trabajo de la paz.

Al mismo tiempo el congreso envía a l@s trabajadores de todos los países sus saludos fraternales y expresa la esperanza de que la resolución aprobada por él contribuirá a la realización del socialismo revolucionario internacional.

Entablada una discusión en la conferencia, con motivo de las ideas expuestas por Rocker, éste terminó con las siguientes palabras:

¡Compañer@s! El hondo debate de que fueron objeto mis opiniones, me dio la alegre satisfacción de poder constatar que l@s representantes de la industria de los armamentos, delegad@s aquí de todas las comarcas de Alemania, se han declarado unánimemente de acuerdo con mi proposición. Este hecho da a nuestro congreso una significación internacional del mayor alcance. Si no obstante me he decidido a hacer uso de la palabra, es sencillamente para aclarar algunos puntos de mi discurso para que quede excluida toda oscuridad.

Algun@s delegad@s anunciaron sus dudas sobre nuestro derecho a adoptar aquí una resolución de importancia tan grande sin haber antes demandado el parecer de l@s obrer@s en los propios tallares, y yo doy completamente mi aprobación a esas dudas y las expresé sin ambigüedad en la resolución presentada por mí. En un número considerable de establecimientos del Estado, l@s obrer@s han adoptado ya una actitud en el sentido de mis ideas y rehusado rigurosamente la producción ulterior de utensilios para el ejército. Donde esto no se produjo todavía debe ser tomada ineludiblemente una decisión. Nuestras resoluciones sólo tienen un valor si son la proclamación de la voluntad de l@ trabajadores mism@s. No puede ser tarea nuestra, y equivaldría a desconocer nuestro mandato de una manera irresponsable, el adoptar resoluciones por sobre la cabeza de l@s trabajadores. Nuestra fuerza consiste justamente en eso, en que nuestra acción o nuestra sesión corresponde siempre al conocimiento interno del proletariado de las fábricas y en que nosotr@s sólo damos una expresión pública a ese conocimiento. Creo que después de esta aclaración por mi parte, no puede existir malentendido alguno.

Ahora bien, el compañero Kuhn, de Kiel, ha defendido el punto de vista de que el problema que ocupa hoy más al proletariado alemán, no sólo es un problema de fuerza y por consiguiente de ningún modo exclusivamente económico, sino que al mismo tiempo tiene un carácter político. Expresa la opinión que

la huelga general, como demostró la experiencia, no es capaz de derribar un sistema político, y que esto no puede ser conseguido más que oponiéndose a la violencia de arriba la violencia de abajo. Está bajo la impresión de que la clase obrera no es todavía bastante idealizada para rechazar por completo la producción de utensilios para el ejército y que tal vez fuera más practico continuar la producción de armas bajo ciertas prescripciones y sólo a la condición de que el derecho a disponer del material de guerra está sólo en manos de l@s trabajadores.

Por lo que se refiere a lo último, soy de la opinión de que un derecho de l@s trabajadores a disponer del material de guerra sería más difícilmente realizable que la simple negativa a producir dicho material. Un derecho como el concedido por el compañero Kuhn, sólo podía ser de importancia si l@s trabajadores tuviesen a su disposición un poder real para llevar a la práctica una resolución semejante y dominar la fuerza brutal de la otra parte. Pero esto lo considero por completo excluido. La época de las resoluciones políticas del viejo estilo, en las que ciudadan@s armad@s se oponían a las fuerzas militares, ha pasado si tenemos en cuenta el estado de nuestra técnica de guerra. La superioridad de la dirección militar y el armamento técnico dará siempre la victoria a la fuerza militar. Las tropas pueden concentrar sus operaciones sobre determinados puntos que sirven de baluarte a l@s rebeldes, como hemos comprobado de manera demostrativa en los acontecimientos de los últimos meses en Berlín y en otras ciudades de Alemania. Sólo cuando el ejército se pone de parte del pueblo, como en Rusia, y el 9 de noviembre en Alemania, existe la posibilidad de una revolución. Pero entonces la aplicación de la violencia con instrumentos técnicos de poder caduca, pues sus condiciones previas han desaparecido. El viejo sistema se derrumba sencillamente porque el fundamento técnico real, el ejército, se le escurrió bajo los pies.

Pero ningun@ de nosotr@s puede tener la intención de querer emplear la violencia por sí mism@, menos aún l@s socialistas, pues el socialismo contiene en sí la abolición de toda violencia como principio básico. La fortaleza de un gran movimiento cultural no reside nunca en sus instrumentos técnicos de poder, sino en el reconocimiento espiritual de las masas que lo siguen y en el valor moral de sus partidari@s. La dictadura terrorista de Robespierre llevó al 9 Thermidor[11] y el 9 Thermidor a la dictadura del sable de Napoleón. Esta es la experiencia histórica. Creo que tod@s estamos acordes en esto, y yo estoy firmemente convencido de que también el compañero Kuhn lo reconocerá sin vacilación.

Si ahora un@ u otr@ de vosotr@s quisiera suponer que soy un adversari@s de la sección política, se encontraría por completo equivocad@. Sabéis que el concepto de la política tiene su origen en la palabra griega «polis», es decir: ciudad, comuna. Todo lo que tiene una influencia en la comuna es político. En este sentido toda gran acción económica como por ejemplo una huelga general, no sólo es una acción económica, sino al mismo tiempo política y una acción política de eminente significación.

El malentendido en este concepto ha sido provocado por el hecho de que en Alemania se han acostumbrado uno a concebir exclusivamente la acción política como actividad parlamentaria. Pero la actividad parlamentaria en el mejor de los casos sólo puede ser considerada como una parte de la acción política y, según mi manera de ver, es una parte muy insignificante y sin valor, y debo confesar que soy un adversario decidido y por principio de la actividad parlamentaria.

Parlamentar significa mediar, contraer compromisos, nivelar intereses opuestos. Pero esto es posible

Sólo donde existe un fundamento de intereses comunes. Los partidos burgueses, desde los demócratas hasta los conservadores, están en el terreno común del monopolio privado y del Estado político de clases y por consiguiente en el terreno de la misma concepción del mundo. La lucha entre estos partidos gira simplemente en torno a su existencia. Para ellos el parlamentarismo no sólo es una institución conveniente y útil, sino también una condición necesaria del orden burgués, que se pone en situación de nivelar pacíficamente sus intereses recíprocos.

Pero la cosa es muy distinta para el proletariado. Si el monopolio privado y el Estado de clases son para l@s partidari@s burgueses siempre el elemento unificador, la existencia de esas instituciones es para la clase obrera la eterna causa de su esclavitud económica y de su opresión política. Para el proletariado se trata en este caso no sólo de una diferencia formal, sino de una diferencia de principios, fundada en la esencia de las cosas. Parlamentar significa para l@s trabajadores imprimir un sello de derecho legal al sistema de la injusticia social, confirmar legalmente la propia esclavitud.

El más libre derecho electoral no es capaz de superar esta oposición. Y aun cuando el sufragio se extendiera hasta l@s niñ@s de pecho, no se podría colmar el abismo. Toda apelación a la democracia es en este caso habladuría ociosa, pues la libertad política sin la igualdad económica es mentira y autoengaño.

También la afirmación de que la experiencia nos ha señalado que la huelga general no es capaz de derribar un sistema político, según mi opinión, es un desconocimiento de los verdaderos hechos. No olvidéis que lo que en este país aconteció hasta ahora no fue una huelga general, sino simplemente rudimentos de tal. Aquí hubo movimientos locales de grandes dimensiones que estallaron aquí y allá espontáneamente, para declinar de nuevo después de algún tiempo. Lo mismo podemos observar en otros países. Pero esto no prueba nada contra la significación social y política de este violentísimo poder que está a disposición de la clase obrera. Puede servirnos a lo sumo como prueba de que l@s trabajadores no han llegado todavía a la completa conciencia del enorme poder que tienen en sus manos. Allí donde existió esa conciencia, la huelga general ha probado completamente su fuerza. Lo hemos visto en Rusia 1905. Todos los movimientos revolucionarios de Rusia que se sucedieron en el curso de los años y que atacaron el sistema de la monarquía absoluta, se han desangrado a pesar de los enormes sacrificios aportados a su causa. La terrible sublevación de Stenka Razi en el siglo XVII y la sublevación de l@s decembristas en 1825, la actividad de Zemlia i Volia en 1860-70, la propaganda del movimiento de l@s «Id al pueblo» y finalmente la heroica lucha dela Narodnia Volia, que llegó a su punto culminante en la ejecución del zar Alejandro II, nada de eso fue capaz de derribar el baluarte del despotismo. Tan sólo cuando el desenvolvimiento de la industria llevó el movimiento a las masas y alcanzo desde las ciudades también a vastas masas campesinas, la lucha contra el zarismo tomó otro cariz. En 1905 llegó por fin la hora de la decisión. La revolución se inició con una huelga general de los ferroviarios, que se extendió inmediatamente a todas las demás industrias. El gobierno se vcio privado repentinamente de comunicaciones. Los ministros estaban en Zarskoie Selo, casi como prisioneros y no podían llagar a San Petersburgo. Toda la vida pública fue completamente paralizada, hasta que finalmente el zar se vio forzado a firmar la Constitución. En aquél momento sonó la campana mortuoria del zarismo. No se trata aquí para

la huelga general fue la fuerza política que puso la pluma en la mano del zar para confirmar la abolición de la monarquía absoluta mediante su propia firma.

Veis, compañer@s, que la huelga general es capaz de realizar también transformaciones políticas. Ante todo su gran significación como medio de lucha está en que obra como destructora de la organización militar del gobierno. El ejército no es capaz largo tiempo de concentrar sus fuerzas en determinados puntos. Debe dividirse, desmenuzar su organización para poder contener el movimiento en todas partes. Pero con esto disminuye también el efecto hipnótico que obra allí donde el soldado particularmente es integrado en grandes cuerpos de tropas. Desmenuzado en pequeñas divisiones en el país está más expuesto al contacto con el pueblo, y el peso de la disciplina militar que lo mantiene aprisionado comienza a desaparecer y se vuelve accesible a un conocimiento mejor.

Esto no quiere decir que la huelga general sea una panacea que se debe y que se debe aplicar en todo caso. Esto no es de ningún modo la verdad. La huelga general es un instrumento proletario de poder de tan grande significación –el arma más poderosa que la clase obrera posee–, que no puede ser puesta en escena a cada instante y en todo momento. No se debe pensar tampoco en aplicarla para realizar demandas de importancia ínfima, pues eso equivaldría a matar pájaros con cañones. La huelga general exige determinadas condiciones psicológicas, debe surgir espontáneamente de la necesidad de la masa misma y recibir entonces, con ayuda de las organizaciones económicas de lucha, un carácter unitario. Esta necesidad no puede ser forzada violentamente, debe nacer de la necesidad interna de las masas, inspirada por la solidaridad y el sentido de la responsabilidad de cada un@. No se puede imponer tales movimientos y aquell@s que creen que se puede llevar por el terror una masa a la huelga general, desconocen su más profunda e ineludible condición básica: el reconocimiento íntimo y la conciencia de las masas del poder que descansa en sus manos. Un movimiento violentamente impuesto, que no ha nacido de la decisión voluntaria de l@s trabajadores mism@s, está irremediablemente condenado desde el principio al fracaso. Esto es preciso decirlo de una vez por todas para prevenir toda ambigüedad y para que nos sean ahorradas en el futuro amargas experiencias.

Ahora bien, un@ de l@s delegad@s berlineses se ha expresado bastante desfavorablemente sobre mis opiniones. Reclamó la continuación de la producción de armas, porque el proletariado tiene necesidad de ellas. Mi mención de las palabras de Berta Suttner[12]: «¡Abajo las armas!», le bastó para mezclarme con l@s «pacifistas pequeño-burgueses». También expresó la opinión de que actualmente sólo Rusia puede servir de muestra.

¡Comapñer@s! Pienso que ya es tiempo de comenzar finalmente a juzgar l@s hombres según su carácter y el convencimiento interno de sus ideas y no según la etiqueta del partido. Esto es también producto de la educación parlamentaria. En el parlamento no decide sí o no el juicio personal, sino la resoluciones son concebidas de antemano por las fracciones y aun cuando l@s diputad@s permanecieran completamente mud@s, el resultado de la votación sería el mismo.

Compañer@s, comprendemos finalmente que no ofrecemos a la causa del socialismo ningún gran servicio al conformarnos siempre al espíritu de fracción. Aprendamos finalmente a pensar con independencia y a formarnos una convicción propia. Tomemos lo bueno sin importarnos de la parte que procede.

¿Qué importa si una idea procede de l@s burgueses, de l@s socialistas, de la mayoría o de un comunista, mientras enriquezca nuestras convicciones? Además, el reproche que se me ha hecho es completamente injustificado, pues yo he declarado expresamente que el grito «¡Abajo las armas!» no basta, mientras no dejemos caer los martillos que las forjan. Si se ve en las palabras «¡Abajo las armas!» un producto de la ideología burguesa, nadie puede negar que el grito «¡Abajo los martillos que forjan las armas!» es la palabra proletaria más genuina que existe.

Por lo que concierne a la constante indicación de Rusia, debe decirse de una vez por todas que la mayoría no tiene hasta aquí ninguna idea clara de las circunstancias de Rusia, pues desconoce el carácter del movimiento revolucionario de aquél país. Primeramente no hay que olvidar que las condiciones sociales generales de Rusia no son iguales a las nuestras, y que es imposible trasladar a otros países, sin crítica alguna; la conducta táctica de allí. Rusia es en primera línea un país agrario. Tiene 128 millones de campesin@s y sólo 4,5 de obrer@s industriales. La mitad de est@s últim@s no puede ser considerada siquiera como verdadero proletariado de la industria, puesto que trabaja por el verano en el campo y por el invierno en la fábrica. La burguesía industrial de Rusia es, por consiguiente, una clase proporcionalmente débil y no posee la fuerza de resistencia de las clases capitalistas en Alemania, Francia o Inglaterra. Por lo que se refiere a la socialización, en tanto que ha comenzado realmente, se ha desarrollado igualmente en otras condiciones que las que suponéis algun@s de vosotr@s. L@s campesin@s de Rusia están en otra situación que l@s de la Europa Central y occidental. En grandes partes del país se vive desde hace muchos siglos en un sistema de posesión común de la tierra y a consecuencia de eso se han recibido hondos sentimientos y representaciones sociales que se buscarían en vano entre l@s campesin@s propietari@s de parcelas de Francia y Alemania. Cuando Alejandro II libertó a l@s campesin@s en 1863 de la servidumbre, les quitó al mismo tiempo más de la mitad de sus campos comunes. Desde entonces el campesin@ rus@ tuvo un solo deseo, retener la tierra y hacer depender su posesión de sus comunas campesinas. Todos los intentos del zarismo para convertir a l@s campesin@s rus@s a la propiedad privada de la tierra, hallaron una tenaz resistencia. Se trasladó grandes masas de campesin@s a Siberia y se les atribuyó en parcelas trozos de campo fecundo, pero en el curso de algunos años rechazaron l@s campesin@s las parcelas privadas y volvieron a la posesión comunal de la tierra. También la política agraria de Stolypin[13], que costó al gobierno ruso diez millones de rublos, y cuyo único fin era imponer la propiedad privada a l@s campesin@s , tuvo muy poco éxito.

Después de la revolución, l@s campesin@s procedieron directamente al reparto de los grandes bienes privados entre sus comunas y expulsaron de sus tierras a l@s propietari@s. Esto sucedió mucho antes de la toma del poder político de l@s bolcheviques, que nunca tuvieron el influjo más mínimo en las grandes masas de l@s campesin@s. El campesin@ se apropió por sí mism@ su derecho y no tuvo jamás gran confianza en el decreto de un gobierno, cualquiera que fuese.

También en las ciudades procedió la socialización de las fábricas de otro modo o como se supone ordinariamente. No fueron capaces de realizarla los decretos y disposiciones del gobierno bolchevique, sino que también se produjo en la mayoría de los casos la socialización de abajo a arriba, por l@s trabajadores mism@s. Lo esencial en este aspecto lo hicieron los sindicatos revolucionarios bajo la influencia

las organizaciones Golos Truda y Burevestnik, ambas de base anarquista sindicalista. Estas organizaciones elaboraron los planes de la socialización en distintas industrias para trasladarlos luego a la vida práctica con ayuda de l@s trabajadores.

El partido bolchevique, que sólo representaba una pequeña minoría en el movimiento socialista general de Rusia, se conquistó la confianza de much@s element@s, que estaban cansad@s de la política de Kerensky[14], por su clara proclama de paz, y con ayuda de l@s anarquistas sindicalistas y del ala izquierda de l@s socialistas revolucionari@s, llamada maximalista, consiguió derribar al gobierno de Kerensky. En el dominio económico su actividad consistió principalmente en sancionar los trabajos ejecutados antes por los organismos sindicalistas. Cuando el ala derecha de l@s bolcheviques, que no podía librarse de la táctica de los decretos y de las disposiciones estatales, hizo el intento de dar a la nueva organización industrial una especie de estructura socialista estatista, se produjeron en el mes de mayo de 1918 grandes luchas internas. Pero la invasión de los aliados en Rusia y el avance de los checoslovacos puso por el momento fin a esas discusiones de principio, pues todos los partidos revolucionarios se consideraron en el deber, en vista de la seriedad de la hora, de olvidar las disidencias recíprocas para presentar un frente único a la reacción naciente. Así se desarrollaron los acontecimientos en Rusia. Los sindicatos revolucionarios dieron a los consejos de obrer@s y soldados un sólido fundamento y una gran claridad de fines, que no habían poseído en el periodo inicial de su evolución.

Naturalmente las circunstancias en Rusia no son de color de rosa. Faltan las materias primas necesarias y los instrumentos de producción. La guerra ha dejado a l@s rus@s la misma herencia que a nosotr@s en Alemania, y es claro que en estas condiciones el proceso de la socialización sólo puede desarrollarse con grandes dificultades. Pero es igualmente claro que ese proceso sólo puede proceder de abajo arriba, por la organización de l@s trabajadores. Todo otro camino nos llevaría a un capitalismo de Estado[15] disfrazado y dilataría largo tiempo la realización del socialismo. Con esto creo haber contestado a las diversas objeciones que se produjeron en la discusión general y sólo puedo aún agradeceros la atención prestada a la exposición de mis ideas[16].

[1] Se refiere a la Primera Guerra mundial.

[2] En 1848 la población de París se rebela y se instaura la II República. Se instauro el sufragio universal, se reinstauro la libertad de prensa y se redujo la jornada laboral. En la elecciones salió elegido Carlos Luis Napoleón Bonaparte, el mismo en 1851 dio un golpe de Estado y tras realizar un plebiscito se proclamo emperador en 1852.

[3] Asociación Internacional de l@s Trabajadores –AIT–, es la Primera Internacional Obrera. En la actualidad continúa existiendo, siendo la Internacional del Sindicalismo Revolucionario (anarcosindicalismo). Su sección en el Estado español es la Confederación Nacional del Trabajo –CNT– .

[4] Podemos afirmar sin ningún temor a confundirnos que esta metamorfosis dentro del movimiento obrero ha sido una catástrofe para el mismo tal y como ha demostrado la historia. La misma nos demuestra con claros ejemplos como fueron enterradas las esperanzas creadas tanto por la revolución rusa de 1917 como por la revolución española de 1936. Igualmente la historia nos muestra los desmanes cometidos y que se siguen cometiendo por parte de los partidos políticos que a se auto-proclaman obreros y han sido y son los mayores benefactores del capitalismo en sus diferentes versiones, bien sea el capitalismo de Estado o el de las corporaciones.

[5] Fecha de inicio de la Primera Guerra Mundial.

[6] Jena se produjo una batalla el 14 de octubre de 1806 vencida por Napoleón a las tropas prusianas lo cual le abrió la puertas para su entrada triunfal en Berlín.

[7] El PSOE y la UGT le hicieron el caldo gordo a la dictadura de Primo de Rivera y en la cosa que llaman democracia tras la dictadura franquista han sido los encargados de llevar a cabo la salvaje reconversión industrial y en el caso del PSOE es el paridor del terrorismo de Estado bajo las siglas del GAL y coparticipe en la instauración de ley de partidos, ley que cualquier fascistas de pro abrazaría y se jactaría de ser obra suya.

[8] ¡Agrupémonos tod@s a la lucha final el género humano será la Internacional!

[9] Alejandro Herzen. Escritor y revolucionario ruso (Moscú, 1812 - París, 1870). Estando exiliado fundó la revista sobre política y literatura «La Campana».

[10] Parlamento alemán

[11] Thermidor es el undécimo mes del calendario revolucionario francés que comenzaba entre el 19 o 20 de julio y finalizaba el 17 ó 18 de agosto de nuestro calendario.

[12] Baronesa Bertha Suttner. Bertha Kinsky, escritora austriaca (Praga, 1843 - Viena, 1914). Hhija del conde Kinsky, tomo parte muy activa en el movimiento pacifista internacional. En 1889 escribió «¡Abajo las armas!». En el año 1905 le concedieron el Premio Nobel a la Paz. «¡Abajo las armas!» fue traducido al castellano por Diego Abad de Santillán y editado en Argentina por la Editorial Sopena en abril de 1948.

[13] Stolypin, (Dresden, 1862 - Kiev, 1911). Político ruso que fue nombrado jefe del consejo de gobierno en 1906. En 1907 disolvió la segunda Duma. Realizó una reforma para l@s campesin@s otorgando la propiedad privada de las tierra. Fue ejecutado por un revolucionario.

[14] Kerensky, (Simbirks, 1881 - New York, 1970). Político ruso que fue miembro del Partido Socialista Revolucionario. En 1917 fue ministro de Justicia y Guerra y Primer Ministro. L@s bolcheviques lo tiraron del cargo.

[15] Esto fue lo que sucedió bajo el despótico mandato de la burocracia del Partido Comunista, se cambiaron nobles y burgueses por burócratas apoltronad@s y tan vividores como sus antecesores en el poder.

[16] La resolución presentada por Rocker fue aprobada por unanimidad.



Rudolf Rocker
(1873 - 1958)

TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Textos libertarios (III) - Isaac Puente
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ La ley del número - Ricardo Mella
- ★ La coacción moral - Ricardo Mella
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Textos libertarios (IV) - R. Rocker y W. Tcherkesoff
- ★ El Estado y su papel histórico - Pedro Kropotkin
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure
- ★ Textos ateos - Sebastián Faure
- ★ Del desarrollo al decrecimiento - Jean Pierre Tertrais
- ★ 1936. La revolución olvidada - varios autores
- ★ Anarcosindicalismo •teoría y práctica• - R. Rocker
- ★ Justicia y Libertad - Pierre-Joseph Proudhon
- ★ Dios y el Estado - M. Bakunin




GIVE
ME A
FUTURE!